

El Fracaso Natural de los Carnavales en La Habana, Como Gran Empeño Turístico

Su pobreza y todo su mal gusto

(Por el Doctor MANUEL VILLAVERDE)

Unos amigos extranjeros han pasado unas semanas en La Habana. Precisamente las de Carnaval.

Y entre toda la amable cortesía de sus juicios, hemos tenido que advertir el desengaño que este Carnaval habanero, que los habaneros creemos de tanta fama y de tanta atracción para los extraños, les ha producido.

Bajo todos sus cumplidos, la pregunta pugnando por hacerse, por cuajarse y formularse, francamente: ¿pero era esto?

Lo que se nos había dicho por tantos cubanos tantas veces sobre la vistosidad, la alegría, el encanto de estas carnestolendas tropicales, ¿era esto?

Su encanto irresistible, dentro del encanto natural del invierno que es dulce primavera, de los días de sol brillante y de las noches profundamente azules en lo alto y verdes en los campos o junto al mar, ¿era éste?

ERA ESTO

Con el cultivo de los Carnavales se había pensado hacer de La Habana, en ese sentido de atracción turística, la Niza americana, como de toda nuestra costa Norte, hasta varadero o hasta Oriente, la Costa Azul de América.

Y en realidad, ahora que los Carnavales, otros Carnavales, acaban de pasar, después del último domingo de su celebración, ¿no debemos pensar un momento, contritos, en este gran engaño que ya no engaña a nadie, sino a nosotros mismos?

No son ya los escándalos con las ventas de localidades para presenciarnos producidos y lo pésimo de su organización en general lo que tenemos que lamentar más.

En general, como gran fiesta de esta índole, de una gran ciudad, nuestros Carnavales ¿podrían resistir una prueba mayor de mal gusto, de pésimo gusto en su hábito o exhibición externa, con carrozas por lo general tan chabacanas, hasta algunas que no se comprende cómo el Jurado ha podido admitirlas, si funciona de veras un elemental Jurado de admisión, que al verlas hay que pensar con benevolencia que no?

Y lo mismo en cuanto a las comparsas.

Algunas, como las carrozas, de buen gusto indudable y en las que hasta se nota que no se ha escatimado el dinero para vestir las y adornar las.

Pero otras tan ramplonas, tan pobres, tan chabacanas, tan deslucidas y de gusto tan estrafalario y aun grosero, que no serían concebibles ni en un poblacho donde no se hubiese pensado jamás hacer del Carnaval sino, como en nuestro caso, una gran industria nacional, nada menos; pero tampoco, siquiera, una diversión propia, para una leticia doméstica.

Lo cuaj nos da idea de cómo y por qué de eso de la industrialización de nuestro país se habla tanto como se hace tan poco.

Se quieren obtener, levantar, crear, así, industrias que sin riesgo, sin exposición, sin inversiones apenas de dinero, rindan cientos por uno. Como la providencial del azúcar.

Y si no, como nuestras empresas máximas, la de la bodeguita y aun el puesto de chinos.

Y así nuestra bodeguita carnavalesca, nuestro carrito de viandas carnavalesco, no puede resultar más pobre, peor surtido, ni más natural y comprensible que los Carnavales de La Florida no nos estén dejando pasar hacia el Sur no ya las oleadas de turistas que soñábamos, sino ni casi un turista, aislado y aburrido. Nada más, si acaso, que los que de paso, que llegan y se van en seguida en cruceros de parada breve en nuestro puerto, con su fama, esa sí creciente, de caro y difícil.

LA REALIDAD

Esta es la realidad en cuanto a los Carnavales que iban a ser una de nuestras grandes riquezas, como el azúcar y como el tabaco, que también lo está dejando de ser y que también llegará a costarnos dinero: el que tengan que pagar los fumadores por el humo que saboreen, porque para los demás venderemos cada vez menos.

Nuestro Ayuntamiento, que tan escasos deberes municipales o sociales tiene que llenar y casi todos tan mal cumplidos, podría haber hecho de nuestros Carnavales y debería haber hecho algo de un luci-

miento incomparablemente mayor a esta exigua exhibición para comprender cuyo raquitismo, cuya pobreza, cuyo gusto deplorable bastará recordarlos al ver en los cines las fotografías y desfiles de los de La Florida, de los de Niza y ya hasta de los que han vuelto a celebrarse este año otra vez en la Alemania asolada de después de la guerra.

Aquí ha habido el pretexto ese de la guerra también, es verdad. Durante ella, ¿para qué Carnavales, a los que nadie habría de venir?

Pero tres años después, los Carnavales han sido tan miserables todavía como acabamos de ver con rubor.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA